

empresa «distinta y nueva», porque no perseguía fines lucrativos o beneficios materiales, sino que —y lo subrayaba— desempeñaba un servicio cultural de interés colectivo; y explicaba machacona y enfáticamente que la obra del FCE consistía en cumplir con una tarea de cultura auténtica, de valoración, información y formación intelectuales encaminadas a proporcionar una visión humanística profunda y moderna. Por tanto, según esta pretensión, los vendedores se convertían en colaboradores de una cruzada hispanoamericana de difusión y elevación cultural.

3) Se buscó una «sensibilización» gremial entre los editores hispanoamericanos mediante reuniones continentales en las que se expusieran los problemas comunes: a) dificultades para la distribución: censura gubernamental real o tácita; b) dificultades para la cobranza: control de cambios gubernamental o morosidad privada intencionada; c) violación de derechos: «piratería» editorial; d) obstáculos para la comercialización: los libreros no querían arriesgarse con las novedades, o buscaban condiciones de utilidad desleales, o bloqueaban el desarrollo de editoriales, o todo junto; e) dificultades para la transportación: aumento en los costos, tardanza y maltrato. Sobre todos estos temas quedaban dos más: la relación entre editoriales considerada como competencia de mercado y no como ensanche y creación de posibles lectores, y la distancia física tomada como justificación del aislamiento, temas que hasta fecha reciente se han seguido escuchando como letanía.

4) Se buscaba promover las obras hispanoamericanas cuyos derechos estaban en poder de la editorial y eran susceptibles de venta. De esta manera, el FCE fue la primera empresa hispanoamericana que ofreció al mercado editorial internacional (europeo y estadounidense en particular) las obras de sus autores. Con esto se adelantaba a la explosión comercial de mediados de los sesentas, el «boom latinoamericano», y lograba hincar la cuña de la literatura mexicana entre los lectores europeos y estadounidenses, ya no como obras y autores aislados, sino como expresión de suyo amplia, variada, con cohesión y calidad universales.

5) A través de los autores y la comunidad intelectual hispanoamericana, se buscaba mantener una relación de recíproca colaboración entre el FCE y las diferentes instituciones de educación superior, con los colaboradores de revistas, periódicos y otros órganos de difusión, y con instituciones hermanas, pues al Fondo se le reconocía un lugar de vanguardia, tanto que su beligerancia se tomaba como un indicador. Sin embargo, en las relaciones internacionales, para 1962 el FCE comenzaba a enfrentar el complejo y competido mercado de derechos. Más y peor aún, las tareas intelectuales y culturales implícitas en las actividades editoriales, pasaban a planos secundarios. Orfila lo refirió con cierto dejo de malestar ante el Congreso de

Editores efectuado en Barcelona —y en el que se evidenció la nueva dinámica comercial—: «(...) estuvo ausente el propósito de considerar aspectos intelectuales de la labor editorial; la preocupación se centró particularmente en la atención de los aspectos técnicos y comerciales de la industria». Carlos Barral recordó el Congreso e hizo la descripción de unos colegas que muy pronto harían acto de presencia en el medio editorial continental. En la reunión —escribió en sus memorias— destacaron los «editores españoles acuñados en la autarquía y avocados principalmente a la prosperidad a toda costa y a la colonización librera de las Américas». Pocos meses después irrumpió el *boom* de la literatura hispanoamericana.

⁵ «En vista de que estoy completamente inconforme con el acuerdo, inexplicable desde muchos puntos de vista, dictado por la Secretaría de Hacienda para modificar el contrato de Fideicomiso constituido por el Fondo de Cultura Económica en el Banco de México; y además porque tal acuerdo lesiona mi dignidad de hombre limpio, presento mi renuncia irrevocable como miembro de la Junta de Gobierno de la Institución mencionada, a la cual serví con lealtad y profundo interés desinteresado durante algo más de 27 años». El cambio que reprochaba Silva Herzog consistía en el ingreso a la Junta de dos nuevos miembros; los secretarios de Hacienda y de Educación, ambos con igual derecho de voz y voto que los restantes miembros. En el capítulo correspondiente de sus memorias, Mis últimas andanzas, explicó y sugirió que el cambio se hacía para contrarrestar la beligerancia intelectual con que la editorial había venido actuando, como ilustra *Escucha yanqui* (1961) del estadounidense Wright Mill, que disgustó a la embajada norteamericana.

4. La reestructuración

La reestructuración general de la editorial provino de una decisión gubernamental: contar con la dirección del Fondo de Cultura Económica. Desde 1962 la decisión adquiría cuerpo en, por ejemplo, la modificación de los estatutos del contrato de fideicomiso que regía a la editorial; el cambio fue tan sensible que Jesús Silva Herzog renunció a la Junta de Gobierno como un acto de protesta⁵. No obstante la advertencia, el FCE prosiguió su discreta tarea crítica, en el sentido de formación de criterio; su simpatía por los movimientos revolucionarios y de liberación se manifestaba en algunas de las obras incorporadas a la serie *Tiempo Presente* dentro de la Colección Popular: Wright Mills (*Escucha, yanqui*), Nkrumah (*Kwame Nkrumah: un líder, un pueblo*), Sithole (*El reto de África*), Fanon (*Los condenados de la tierra*), Harrington (*La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*), Gorz (*Historia y enajenación*), Myrdal (*El reto a la sociedad opulenta*), Riesman (*Abundancia ¿para qué?*) y Snow (*La China contemporánea*), publicados entre 1960 y 1965.

Con el pretexto de la publicación en 1965 de *Los hijos de Sánchez* de Lewis se orquestó una polémica periodística enderezada contra el FCE y su director. Uno de los desenlaces consistió en la destitución de Arnaldo Orfila y el nombramiento de Salvador Azuela como director de la editorial. Otros dos más fueron: por una parte, la creación de Siglo XXI Editores con el propio Orfila al frente de ella y con el apoyo de un nutrido grupo de intelectuales —muchos de ellos cercanos colaboradores del FCE— y, por la otra, la obligada asunción de posiciones, tal como lo ilustra Rosario Castellanos:

En esa polémica (la periodística suscitada por *Los hijos de Sánchez* de Lewis) quedaron bien deslindados los dos campos en los que el intelectual puede situarse y actuar: el del nacionalismo que teme a la verdad y se ampara en la ilusión, el de una intransigencia que

no admite ninguna voz que disuene de la suya ni otras opiniones sino las que ella misma enarbola y sanciona, el de la persecución al pensamiento cuando no coincide con el prejuicio, el de la represalia y el uso de la violencia contra la palabra y el campo contrario de quienes afirmando nuestra convicción de que el amor a la patria no ha de ser venda que nos ciegue sino lucidez que nos mantenga vigilantes; de que la tolerancia es una de las más grandes conquistas de la Humanidad y que los puntos de vista diferentes, y aún contradictorios, pueden ayudar a integrar una visión más completa de las cosas. Pero esencialmente, sostuvimos el derecho inalienable del hombre de estudio para investigar, para emplear sus métodos peculiares y para divulgar sus conclusiones sin que fuera lícito rebatirlas más que con argumentos. Por medio de esta declaración de principios continuamos la línea que ya trazaron nuestros antepasados, los liberales del siglo XIX a los que no hay que traicionar sino que seguir.

Dentro de la polarización de cualidades intelectuales ocurrió el cambio de director general. Se insiste en la caracterización y se evoca el ambiente de tensión porque, sin duda alguna, permite observar a aquellos años de radicalizaciones, intransigencias, precipitaciones y, por lo mismo, años en los que resultaba casi imposible la ponderación matizada. Rosario Castellanos tenía razón en lo que decía. Sin embargo, en sentido opuesto, también Luis Garrido, ex rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, tenía razón cuando hizo al Fondo un reclamo que, en buena medida, compendia el común de los argumentos que entonces se escuchaban en contra de la editorial:

El cambio en la dirección del Fondo puede dar como resultado superar sus logros, ya que todo es susceptible de mejora, y a la prestigiada institución se le han señalado algunos errores. En el campo económico su predilección por los profesores ingleses; en lo político y social su afán de suministrar las ideas de los autores socialistas; sobre la historia económica de México, no aportan una bibliografía completa, y tratándose de nuestra literatura prohijar obras de éxito mercantil, a pesar de su discutida calidad artística, y en menor escala libros de verdadero mérito. También se ha dicho que había inclinación por determinados valores, postergándose a otros escritores representativos de nuestra patria.

A Garrido sólo le faltó referir un aspecto que, con vergüenza, ahora se recuerda: cierta parte, la más retrógrada del nacionalismo, dejó al descubierto sus gestos de chovinismo y xenofobia. No era la primera vez que la editorial lo resentía sobre sí misma, pues durante los primeros años de los cuarenta los trabajadores, colaboradores y amigos de la editorial de origen español, aunque ya avencidados en México, sufrieron los embates de esa intransigencia. Sin embargo, en noviembre de 1965 ese rasgo particular subyacía, como agazapado y al acecho, ante la transformación y modernización cultural que se vivía en México, y que muchas personas y grupos se negaban a aceptar.

Dentro del FCE la repercusión del cambio de dirección fue notabilísima. Abrevio. El progresivo y paulatino recambio generacional que se realizaba